

RESEÑA DEL LIBRO *LERROUX:*
LA REPÚBLICA LIBERAL DE ROBERTO
VILLA GARCÍA, Editorial Gota-Fundación
FAES, Madrid 2019, 287 páginas

JESÚS HUERTA DE SOTO

La lectura en mi casa de Formentor en Mallorca de este notable libro del profesor Villa García, a lo largo del mes de agosto de 2019, me ha endulzado y hecho más llevadera la forzosa convalecencia boca abajo y a lo largo de dos semanas, de una intervención quirúrgica de desprendimiento de retina y recentrado de lente, fruto de un tonto accidente acaecido en la popa de mi barco en el puerto de Soller (el impacto directo de un taponazo de botella de Champagne el día 7 de julio de 2019 en que celebraba con mi mujer Sonsoles el comienzo de la temporada).

Pero como «el hombre propone y Dios dispone», a «mal tiempo buena cara» y como «no hay mal que por bien no venga» uno de los bienes acaecidos y derivados de esta experiencia ha sido, sin duda, el descubrir, de la mano de Villa García, la poderosa personalidad liberal y grandeza política de Alejandro Lerroux García, personaje que para mí hasta ahora había permanecido en el limbo de la ignorancia e incompreensión, y ello a pesar de que recuerdo como mi abuelo, Jesús Huerta Peña (q.e.p.d), ya desde pequeño me ponderaba la valía de Lerroux como político, y me explicaba como él mismo había sido votante de su Partido Republicano Radical.

Y es que no hay duda de que la última década de la prolongada (y azarosa) vida política de Lerroux fue un modelo de moderación y liberalismo que de haber preponderado, podría haber enderezado el curso de la historia de España. Y todo ello en agudo contraste con el estrecho jacobinismo de izquierdas de Manuel Azaña —siempre preso no se sabe si intencionadamente del socialismo revolucionario y marxista del PSOE con el que nunca dudó en aliarse— y frente al continuo enredo e intervencionismo lleno de actos e insinuaciones manipuladoras y conspirativas así como

complejo de inferioridad política —a pesar de, o precisamente producido por, su sensación de gran superioridad intelectual— del propio presidente de la República Niceto Alcalá Zamora. Y es que, a pesar de la postergación políticamente interesada a la que ha sido sometido por los adalides de la «memoria histórica» de izquierdas o los enemigos del liberalismo parlamentario de derechas, Lerroux, como hombre de estado, superó, y con mucho, tanto a Manuel Azaña como a Alcalá Zamora, hasta el punto de poder afirmarse que si Lerroux, en vez de Alcalá Zamora, hubiera sido el Presidente de la República, muy posiblemente los españoles nos habríamos ahorrado la gran tragedia de nuestra Guerra Civil. De nuevo, y volviendo a las rememoranzas de mi abuelo, que vivió, y a duras penas con cuarenta años de edad salvó la vida, su familia y su empresa durante esos años fatídicos, la Guerra Civil fue completamente innecesaria y se habría evitado con facilidad a poco que Azaña, dando muestras de las cualidades de un verdadero hombre de Estado como era Lerroux, y a pesar de la soberbia que le llevaba a creerse el político más hábil y listo de todos, hubiera ejercido el liderazgo que los españoles tenían derecho a exigirle y, tras el asesinato de Calvo Sotelo, se hubiera volcado con gran diligencia a defender el estado de derecho, detener, desenmascarar y enjuiciar a los policías asesinos, y declarar un estado de excepción que las circunstancias plenamente justificaban (en vez de mirar para otro lado, dando la impresión de que el magnicidio de un diputado de las Cortes Republicanas no tenía importancia, por tratarse de un político de derechas). Y eso por no hablar de la continua complicidad de Azaña con los nacionalistas y separatistas (de hecho coincidió en Barcelona, haciendo no se sabe qué, el día de la declaración de independencia de Companys en Octubre de 1934) y, lo que es aún peor, con la extrema izquierda revolucionaria sobre todo en las manipuladas elecciones, fraudulentas y plagadas de violencia, de febrero de 1936, y que el propio Villa García junto con el profesor Manuel Álvarez Tardío, han estudiado, por primera vez en nuestro país, con detalle y de forma objetiva en su notabilísimo libro titulado *Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular* (2017), y que por su importancia como hito en la historiografía sobre los prolegómenos de nuestra Guerra Civil, merecería, sin

duda alguna, toda una reseña aparte en estas páginas de *Procesos de Mercado*.

Las graves carencias políticas, tibieza ideológica, e inquina y odio personal típicas de Azaña y Alcalá Zamora (ya se sabe: «al adversario político ni agua hay que darle y todos los medios, incluso los más viles y rastreros están justificados para su eliminación») contrastan abrumadoramente con la categoría política, capacidad de aglutinar a la Nación y desempeño de las mayores cualidades como estadista de Alejandro Larroux, como puso clarísimamente de manifiesto cuando salvó a la República Liberal de la revolución marxista e independista de Asturias y Cataluña, y que le valió la adhesión espontánea y entusiasta de millones de españoles y el ser nombrado hijo predilecto, adoptivo o ciudadano de honor en miles y miles de municipios a lo largo de toda nuestra geografía nacional.

Y es que para Lerroux, la República habría de consolidarse en base a una serie de valores, como los de la aceptación del adversario, la prevalencia de las libertades, la transigencia y la alternancia política, lo cual situó a su partido, el Radical, como el más importante del republicanismo, con gran diferencia, por ejemplo, con el minúsculo partido, que nunca tuvo más de unas pocas decenas de diputados, de los republicanos de izquierdas de Manuel Azaña que como político siempre se caracterizó por el sectarismo más radical, el más burdo clientelismo y el «enchufismo» o acumulación de cargos retribuidos y logrados vendiendo el alma a las izquierdas revolucionarias para alcanzar y lograr mantenerse en el poder, aunque fuera a costa de condenar y expulsar de la República a la mitad de los españoles.

Imperio de la ley, respeto al estado de derecho, protección de la propiedad privada, inclusión de todos los españoles en un proyecto político común basado en un parlamentarismo ágil y respetuoso; estas fueron las principales improntas de Lerroux, que le llevaron a ser varias veces Presidente del Gobierno en el bienio de 1934-1936, a salvar a la República de su mayor y más grave amenaza (la Revolución de 1934), y a organizar el que, sin duda alguna, fue el partido político con más arraigo ciudadano durante esos años: el Radical Republicano. Como ilustración de lo que afirmamos baste, como botón de muestra, el siguiente ejemplo de los

muchos que recoge y documenta Villa García en su libro. Cuando estalla la Revolución marxista de octubre de 1934, propiciada por el PSOE y sus acólitos para destruir la República parlamentaria, Primo de Rivera solicita armas a Lerroux para ayudar a sofocarla, a lo que éste se negó de inmediato argumentando, como no podía ser de otro modo, que «la defensa del orden público no podría cederse a quienes no dependían del Estado mismo ni estaban sujetos a la disciplina de los institutos armados» (p. 196) ¡Que distinta hubiera sido la historia de España si ésta misma decisión, la única posible de un verdadero hombre de estado en unas circunstancias semejantes, «hubiera sido tomada menos de dos años después por el tándem Azaña-Giral para oponerse a otra sublevación» (ibidem). Pero Azaña y Giral no eran hombres de estado sino políticos sectarios presos de la izquierda revolucionaria, a los que poco importó entregar las armas al populacho revolucionario y a los criminales recién liberados de las cárceles, dejando indefensa a la población civil y acabando con el estado de derecho, el imperio de la ley y la legitimidad democrática de la República.

Finalmente, como estoy escribiendo estas líneas en frente del Hotel Formentor, que fue uno de los protagonistas del calificado por Villa García como «affaire de Calderilla» organizado por los estafadores Strauss y Perle, que pretendieron explotar ruletas trucadas en San Sebastian y en el propio Hotel Formentor, he de indicar que, como demuestra Villa García, se trató de un tema muy menor, que no pasó del grado de tentativa, pues el Gobierno radical, en el que entonces además no estaba Lerroux, suspendió de inmediato todo el entramado en cuanto tuvo conocimiento del fraude, y que sólo se materializó, aparentemente, en el regalo de dos relojes de oro (de 5.000 pesetas de importe) sin que nunca pudiera demostrarse quienes efectivamente los recibieron. Asunto, por tanto, muy menor, sobre todo en comparación con el enchufismo y los tejemanejes económicos de los partidos de izquierdas durante el bienio anterior, pero que fue vilmente utilizado con fruición, por Azaña, las izquierdas y, especialmente, por Alcalá Zamora, para destruir políticamente a Lerroux y al Partido Republicano, abocando al País a unas fatídicas e innecesarias elecciones generales, que fueron el preámbulo de nuestra Guerra Civil.